

rando que tú participes de su modo de pensar. No te amedrenten tus opiniones religiosas, porque ellas no saldrán lastimadas: la idea católica, bien concebida, es una nave que surge tranquila sobre la superficie de los mares, sin sumergirse obligada por la tempestad.

CAPÍTULO I

IDEAS GENERALES SOBRE LA POLÍTICA.—CÓMO SE ENTIENDE EN AMÉRICA.

Es incuestionable que la palabra política incluye una idea bastante compleja y de un orden meramente metafísico; y por esto mismo la comprensión es poco accesible á las inteligencias no avisadas en las cuestiones del gran mundo, ó, para mejor decirlo, en ese maremágnum de estudiada mentira.

Si es cierto que, al decir de un gran pensador, «ser político es ser embustero,» también lo es que, para embaucar, se necesita saber hacerlo; de lo contrario, sería tanto como engañar á rostro descubierto, ó fingir veracidad mintiendo. Tal proceder, lastimaría; porque, aunque el interlocutor comprenda que se le engaña, disimula el desagrado cuando el engaño proviene de un ardid de talento. En este caso, puede sufrir resignado, teniendo presente su derrota en un campo de lucha con iguales elementos.

No pasaría lo mismo, si, para obtener algo provechoso, se apela á la mentira simple y descarada; la que, en todo caso, lastima y hasta ofende.

Ninguno tendría el derecho de darse por ofendido

y ultrajado, si, después de estudiadas las condiciones favorables ó adversas de un negocio propuesto, se acepta, aunque se pierda en él. En cuestiones cuyo pro y contra requieren estudio y algún derroche de ingenio, nadie puede considerarse dañado si las conclusiones resultan perniciosas. Así, por ejemplo, el financiero que celebra un contrato de compraventa, no podría, en justicia, reclamar daños si pierde en la operación; pues los objetos, materia de los contratos, cambian de valor con las circunstancias de tiempo.

Esto, por una parte. Por la otra, hay que tener presente siempre la importancia de los negocios que se emprendan, y, conforme á su cuantía, estudiar para resolver con acierto y tino, toda vez que se tiene al frente la cosa que se contrata.

De lo que se deduce, que, en todos los problemas el estudio es el que hace al maestro. Sin conocimiento previo de lo que se emprende, no es posible concebir buenos resultados, máxime si se trata de una cuestión de un orden ambiguo.

Para ser político, pues, es preciso, además del profundo estudio que se emprenda, tener vocación para ello. Ni todos los que contemplamos en los poderes públicos son tallados en la escuela política, ni muchos nacen con la vocación suficiente para adquirir los conocimientos que la política requiere. ¿Cuántos podrán ser eminentes sabios, y, sin embargo, son capaces de arruinar á un Estado, si llegaren á gobernarlo?

Si en todas las profesiones se requiere el talento, aquí hay que adunar el talento y la vocación.

Empero, tampoco se podrá ser gran cosa en el terreno de la política, si no se salvan las fronteras del país en donde se nace. El hombre nunca está completo si no viaja. Porque el conocimiento de la diversidad de personas, ideas, cosas y costumbres, es el complemento de un hombre de política. Encerrad á un genio dentro los estrechos recintos de un laboratorio de física y sin haber visto ni estudiado más, sólo de aparatos de física hablará; porque á tanto contemplar solamente instrumentos físicos, quedan grabados éstos en su mente, y no es posible que resuelva problemas en los que no tiene intervención la ciencia favorita del gran Brujo de Melo-Park.

En el día, y sobre todo en los países de la América latina, por lo mismo de las ambiciones de mando y gobierno, se ha creído cosa muy fácil ser apóstol de la política. Este error ha hecho que surjan tantos políticos como caciques de pueblo tuvimos en México hace unos veinte y cinco años. Entonces llegamos á tener por cada barrio un jefe, con humos de estadista, y por ende, de político.

¡Es de maravillarse como brotan y se fabrican los hombres de política en los países hispano-americanos! Por cada militar tenemos un político: como ese es el elemento que domina en las repúblicas de ibérico origen, ser militar, entre nosotros es ser político. Al menos, así hemos ido acostumbrándonos á creerlo, y el pueblo tiene que creer lo que sus ojos ven y sus cinco sentidos palpan.

Desgraciadamente, en América no tenemos una educación política esmerada, y aun estoy por afirmar que de ningún modo la tenemos, á pesar de ne-

cesitarla. De allí provienen las torpezas de los gobernantes en sus procedimientos con las naciones extrañas: faltando tino y acierto en el manejo de las relaciones con los Estados amigos, se multiplican á veces las dificultades, aumentan las reclamaciones y la paz se ve conturbada, y amenazada la soberanía de la república.

Hay que advertir que el talento político tiene más aplicación y es más necesario—mejor dicho, indispensable—cuando hay relaciones que conservar con otras potencias; pues, para nuestra inteligencia interior, basta un buen gobernante. A éste la probidad, la honradez y el conocimiento de los suyos le bastan; mientras que el hombre que tiene que precaver á su país de las asechanzas enemigas, además de todas estas cualidades, requiere el talento y el empuje de un hombre de Estado. Por esto mismo, la Iglesia y el mundo entero lloran la desaparición del eximio León XIII, cuyo cerebro pudo fortalecer la paz de Europa; Inglaterra tributa pleito-homenaje á la memoria del anciano Salisbury; Francia á Sadi Carnot; Alemania á Bismark, su «Canciller de hierro;» España á Cánovas del Castillo, etc. Porque todos estos grandes políticos, de alta escuela y corte clásico, fueron el patrimonio nacional de sus respectivos países, y sus nombres tienen que perdurar á través de los siglos.

Una lamentable confusión se ha hecho de político y gobernante. Se ha creído que lo uno es lo otro, y allí está el gran error.

Si se dijera que un gran político es lo mismo que un gran estadista, aunque no del todo es exacta la

proposición, puede ser admitida como verídica; porque una y otra palabra traen aparejada casi la misma idea: la de un hombre que gobierna conforme á los principios profundos de la difícil ciencia de gobernar.

Presentadas y entendidas así ambas palabras, incluyendo la misma idea, no importa que sean semejantes, tienen que significar lo mismo; y siendo, por ende, de representación idéntica. De lo que se infiere que puede admitirse como político al estadista, desde el momento que el segundo deja de serlo, si no posee los complejos principios de la ciencia política.

Entendido lo difícil de la materia de que se trata, los europeos reciben educación esmerada en ese sentido. Esta es la razón del por qué en los países de régimen monárquico la educación de los herederos al trono es esmerada y suele ser vasta. Allí, sabiendo de antemano quién ha de suceder en el mando, no es difícil hacer del heredero un sabio gobernante. Esto, entre nosotros, presenta dificultades; porque rigiéndonos por una forma democrática popular, no se sabe cuál pueda ser la elección del pueblo. Muchas veces, en las repúblicas en donde el sufragio existe, recae la elección en personajes retirados de la política y de sus cosas. A esto se agregan los golpes frecuentes de Estado, dados por el militarismo, y en los cuales asciende al poder el que aun triunfante empuña el acero.

En tales casos, ¿cómo puede ser un gran político y estadista quien ayer era un labrador? Para un golpe de militarismo, en la América latina, basta tener el talento del valor y de la audacia; valor y audacia

Part. Pol. y Estadística
UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
"ALFONSO REYES"
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

les sobran á nuestros hombres de campo, aunque no sepan ni leer. En confirmación de mi aserto, recorred las páginas de nuestra historia.

Mas parece que, con lo dicho, condeno la república, aceptando la monarquía porque forma á sus hombres de Estado, en tanto que la democracia exalta al primer atrevido que supo fraguar un asalto á un cuartel. Nada más inexacto en el fondo: la institución monárquica me es altamente odiosa, porque respiro republicanismo por todos los poros, como se verá más adelante.

Lo que sí condeno es que las elecciones recaigan en personas inútiles, no idóneas, y, para lograr esto, no obsta la forma democrática de gobierno: ejerciendo el pueblo todos sus derechos constitucionales, sin trabas ni cortapisas, él sabrá favorecer con su voto á quien reúna todas las condiciones del buen gobernante.

Pero, desgraciadamente, siendo buenas las leyes, jamás se llevan al terreno de la práctica en los países latino-americanos, debido á las muchas ambiciones que hierven en pechos inquietos y turbulentos. Debido á esto, poca idea se tiene del hombre verdaderamente hábil en política. Lo ambiguo de la ciencia, lo complejo de la idea, el vasto campo en que se desarrolla, hace muy difícil su acceso en los países nuevos y que han surgido en medio de sangrientas luchas y de razas de carácter bélico: hemos brotado á la vida como producto de la aventura mezclada con la audacia. Que si después—ya envueltos en pañales de civilización—pudimos ver en nuestro seno, y haciendo vida de proscripción con nosotros, á al-

gún raro personaje de principios cimentados y fijos, éste, arribado á nuestras ardientes playas, se tornaba como los demás: en vez de embuirnos ideas de saber y ciencia, procuraba despojar nuestras comarcas y agoviarnos con las gabelas del esclavo. Y el que en su tierra era hidalgo, noble y cortés, bajo el bellissimo cielo americano, de un azul purísimo, se convertía en hurraño y mezquino.

No nos dieron educación política nuestros conquistadores, porque nadie puede dar lo que no tiene. Aquellas nobles figuras guerreras, aventureras y audaces, fueron fieras para derramar sangre, porque no estimaban la vida; pero, en punto á cultura, todo lo ignoraban, hasta escribir su nombre. Hago la excepción de aquellos ancianos sublimes, religiosos ardientes: Casas y Valencia. Fuera de éstos y de algún otro abnegado y culto, á nuestros antepasados érales punto más que imposible infundirnos dones de que ellos mismos carecían.

Estas, y otras razones de mera consideración en la filosofía de la conquista, hacen que, como producto, exhibamos hoy poca política y muchos bríos bélicos, los que, á estas alturas, no son á propósito para sostener la paz ni fomentar el progreso. Y si esto no, menos para entrar al concurso de las potencias europeas, en donde se sabe engañar con arte y mentir con ciencia.

A estas altitudes de civilización, más diestro será quien más acertado se muestra en el fingimiento: una sangre vigorosa y ardiente, las más de las veces, perjudica los intereses, no sólo del individuo, sino también de las naciones.

La frialdad en la sangre sajona, pongo por ejemplo, ha hecho más conquistas de grandeza que las hazañas guerreras. Ni esto tampoco quiere decir que yo rechace la fuerza armada, viendo, como lo estamos, que el argumento más poderoso lo hacen los acorazados de mayor empuje y moderna fábrica; no, no puede ser esa mi intención, por más pacífico que sea. Doy á entender con ello que, no obstante el brío y poder de las armas, existe otro poder más grande: el de la política y diplomacia.

¿Qué importa mentir? La mentira, conforme va adelantando el mundo, ha ido teniendo diversos tonos y múltiples fases. Ahora, en el terreno del mando, tiene que ir aparejada con la ciencia. Por esto, algún político y pensador contemporáneo ha dicho «que política y mentira son palabras sinónimas.» Afirmación muy triste, pero también muy exacta.

El hombre sentimental, de corazón tierno, cortado á estilo Quijote, es una perfecta nulidad como político. Podrá ser un apóstol de la verdad, un novelista ó gran poeta, pero jamás será un político. Pío IX llamó al sufragio universal «mentira universal.» Aquí, aunque se trata de otra idea algo distinta, no iríamos muy descaminados si, parodiando la frase célebre del Pontífice Perseguido, dijéramos: *hacer política, es lo mismo que aprender á mentir.*

Si hemos de referirnos al orden moral de las ideas, hacemos bien en no hacer política, porque no es del todo malo no saber mentir y ser falso. Pero la moralidad, sobre todo en este caso, puede ser discuti-

da: todo está en la forma en que se hacen las cosas. Hay cosas que, en el fondo, son abominables, mas, expuestas con un cariz bello y halagador, dejan de serlo y pasan á un orden moral irreprochable en la manufactura.

Por lo demás, también los actos humanos son discutibles, aunque ellos sean morales en sí, pues para juzgarlos, es menester tener presente la intención del sujeto. Y, á la verdad, de las intenciones sólo el fundador del orden moral juzga, ó está en aptitud de poder juzgar, porque sólo Dios palpa las profundidades del corazón humano.

Tengo, pues, para mí que es factible con el orden moral la política, á pesar de estar basada en la manifestación científica (también hay ciencia en esto) de lo que no se siente.

Al exponer lo anterior, alguien querrá sacar contradicciones entre mis deberes de conciencia religiosa y mis obligaciones de ciudadano. Pero, bien examinadas las cosas, no pueden existir contradicciones ningunas, desde el momento que mis teorías no impugnan los principios de mi vida íntima. Sólo expongo que, en el concierto universal, las naciones son lo que los individuos: si éstos tienen que estar sujetos á reglas de cortesía interna, compuestas aquellas de los segundos, no hay razón para que no existan lazos de unión y principios que los reglamenten. Por lo demás, tanto los unos como las otras mienten; solo que en un caso la mentira se denomina social, y en el otro, internacional. Mas mienten y fingen todos, y para el caso lo mismo da, importando bien poco el adjetivo.

Aceptada así la doctrina, precisa ser político, esto es, estudiar y tener vocación para el caso; y como estudios de esta índole y vocaciones de la ya apuntada existen pocos, de allí proviene que entre nosotros escasos son y han sido los hombres verdaderamente de Estado. Con rarísimas excepciones, nuestra gloria se disipa al considerar cuán pocos políticos han podido surgir en México. En cambio, bravos y valientes soldados hemos podido contar muchos, porque cada ciudadano es un héroe.

Y no sólo depende esto de que no haya hombres capaces para llegar á la cumbre de la perfección política, sino que, realmente, los poquísimos aptos para serlo, no entienden bien la extensión de la palabra, ni conocen las múltiples ciencias de que se vale para ataviarse. Por esto, tomando el rábano por las hojas, á cualquier alcalde de pueblo se le pertrecha con ese pomposo título, de lo que resultan tantos políticos como habitantes en la república.

De si todos los ciudadanos deben tener ingerencia ó no en la cosa pública, lo veremos en el siguiente capítulo; mientras queda expuesto que en la América latina no hemos entendido bien lo que es política, y son muy escasos los que la conocen. Varios motivos hay, probablemente, para esto: el espíritu separatista, nuestra condición bélica, la poca sumisión á la ley, no conformarnos con la suerte, tendiendo siempre á la venganza, y la ninguna resignación en las derrotas electorales—esto cuando hay elecciones,—hacen que no estemos aun dispuestos á figurar ni á iniciarnos en el terreno indicado.

Sin embargo, estamos obligados á escalar los peligros de la ciencia política, y lo lograremos cuando desaparezcan los enemigos terribles de ella: la audacia de muchos charlatanes y el poco respeto que tenemos á nosotros mismos y á las leyes que nos rigen.

